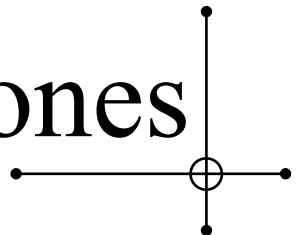


Revista Filosofía N° 25
Universidad de Los Andes
Mérida-Venezuela, 2014
ISSN: 1315-3463

Traducciones



EL ARTE DE ENVEJECER

André Maurois

(Del libro de André Maurois “*Un art de vivre*”, *Présences-Plon, París, 1939, V: L’art de vieillir*”, pp.188-239).

Traducción directa del original por Pompeyo Ramis M.

Poca gente sabe ser vieja.

LA

ROCHEFOUCAULT

Para el que supo emplear fructuosamente la
jornada, el gozo llega con el atardecer.

CORNEILLE

Cosa extraña es eso de envejecer; tan extraña que a menudo nos cuesta creer que la vejez nos pueda sobrevenir igual que a los demás. Proust mostró admirablemente, en *Le temps retrouvé*, el estupor que nos sorprende cuando casualmente, después de treinta o cuarenta años, nos reencontramos con un grupo de hombres o mujeres que conocimos cuando eran adolescentes como nosotros. “De momento, –dice Proust-, no entendí por qué dudé antes de reconocer al dueño de la casa y a los invitados, y por qué me parecía que todos se habían empolvado la cabeza quedando completamente cambiados... El amo daba la impresión de haberse sometido a la etiqueta que él mismo había impuesto a sus invitados: se había ridículamente disfrazado con una barba blanda y arrastraba en sus pies unas plantillas pesadas como el plomo que casi le impedían caminar. Tenía los bigotes blancos como si se les hubiese pegado el hielo del bosque del cuento del *Petit Poucet*; daba la impresión de que le inmovilizaban la boca y que, una vez producido el efecto, habría debido quitárselos”.

Encontrándose después con un amigo de juventud, añade Marcel Proust: “Yo, que lo había conocido en el umbral de la vida, era para mí un camarada, un adolescente cuya juventud yo medía según la que me atribuía inconscientemente a mí mismo, como si no fuese yo mismo quien lo había conocido por primera vez. Oí decir que el hombre llevaba bien sus años. Pero con sorpresa observé en su rostro algunos de esos signos que son realmente característicos de hombres viejos, que me indicaban que lo era de verdad. Lo que había ocurrido era simplemente que a los adolescentes que viven muchos años, la vida los convierte en ancianos”.

Efectivamente: sólo midiendo los efectos que el tiempo produce en los hombres y mujeres de nuestra misma edad, miramos “como en un espejo” lo que está ocurriendo en nuestro rostro y en nuestro corazón. Porque ante nuestros propios ojos, con los que

nos hemos mirado siempre, permanecemos adolescentes; conservamos las timideces e ilusiones de la juventud; no nos imaginamos el puesto que nos asignan los jóvenes en la escala de las generaciones. A veces nos sorprende una palabra. De pronto un escritor joven nos llama “mi querido maestro”, mientras creíamos nos contemporáneos suyos y casi compañeros. O una experiencia aún más dolorosa: oímos decir sobre tal o cual muchacha: “¡Está loca; se casó con un anciano canoso de cincuenta y cinco años!” Y nos quedamos pensando que también tenemos cincuenta y cinco años y un corazón que no quiere envejecer.

1. LA LINEA DE SOMBRA

¿Cuándo empieza la vejez? Durante mucho tiempo creemos que nos escapamos de ella. Mantenemos el espíritu alegre; las fuerzas parecen intactas. De pronto nos ponemos a prueba: ¿Subiré esa cuesta con la misma rapidez con que lo hacía de joven?... ¡Sí! Con algo de jadeo al llegar arriba, pero he hecho el recorrido en el mismo tiempo que antes. Pero, ¿acaso no jadeaba también cuando era joven?”

La transición de la adolescencia a la vejez es tan lenta, que poco nos damos cuenta del cambio. Cuando tras el verano viene el otoño, y luego el invierno, las transformaciones que ocurren son tan graduales que no podemos observar diariamente ninguna de ellas. Mientras tanto, como la armada que asedia a Macbeth, el otoño avanza coloreado por las hojas del verano, ligeramente tiznadas de herrumbre. Luego, una mañana cualquiera de noviembre se alza un tornado que arranca la máscara de oro y aparece detrás el magro esqueleto del invierno. Las hojas que aún creíamos plenamente verdes, sólo colgaban, ya muertas, de unas tenues fibrillas de la rama. La tempestad no ha producido el mal; sólo lo ha descubierto.

Las enfermedades son las tempestades de los bosques humanos. Este hombre, esa mujer, nos parecen todavía jóvenes a pesar de sus edades. “Ella está estupenda”, decimos. “Él está de primera”. Admiramos sus actividades, su espíritu vigoroso, el empuje de sus proyectos. Pero al día siguiente de haber cometido algún exceso que cualquier joven habría pagado con un simple dolor de cabeza o un resfriado, a ellos se los lleva el tornado de una congestión o una neumonía. En pocos días un rostro se marchita, una espalda se curva, una mirada se apaga. Un solo instante nos convierte en ancianos. Y es que, sin sentirlo ni saberlo, envejecemos con el tiempo.

¿Cuál es para los seres humanos la edad de este equinoccio de otoño? Conrad decía que desde la cuarentena “todo hombre percibe delante de él una línea de sombra; la atraviesa con un estremecimiento y piensa que las regiones encantadas de la juventud ya se le quedaron atrás”. Hoy día, diríamos que la línea de sombra se sitúa alrededor de la cincuentena. De todos modos ella existe, y los que la atraviesan, por alertados y

preparados que estén, experimentan al pasarla ese ligero estremecimiento que describe Conrad y una breve crisis de desesperación.

“Ya voy a cumplir la cincuentena”, escribió Stendhal (por un extraño capricho) en la correa de su pantalón, y ese mismo día se puso a escribir la lista de las mujeres que había amado. A pesar de que había tenido más éxito que cualquier otro hombre en eso de adornarlas con todos los diamantes de la cristalización, ellas le habían resultado bastante mediocres. A sus veinte años, había imaginado sublimes encuentros para su vida amorosa. Los habría merecido por la inteligencia con que había cultivado el amor y por la importancia que había dado a los sentimientos. Pero las heroínas que él habría deseado amar, no le llegaron por otra vía que por los libros donde él mismo las había fantaseado. Atravesando la línea de la sombra, lloraba por las amantes que no había tenido y que jamás iba a tener.

“Acabo de cumplir la cincuentena”, piensa el escritor. ¿Y qué es lo que ha hecho? ¿Qué es lo que ha escrito? Le parece que todo quedó por decir, y que apenas empieza a entrever los libros que tendría que escribir. Pero, ¿cuántos años se le concederán para trabajar? Su corazón ya late mal. Al anoecer sus ojos rechazan la lectura. ¿Diez años? ¿Quince? “El arte es largo, la vida es corta.”. Esta sentencia, que antes le parecía justa aunque banal, de pronto se llena de sentido. ¿Tendrá alguna vez tiempo, como Proust, de ir “En busca del tiempo perdido”?

La vejez es algo más que los cabellos blancos y las arrugas; es ese sentimiento de que ya se nos hizo tarde, de que la partida ya está jugada, de que la escena ya pertenece a otra generación. El verdadero mal de la vejez no es el debilitamiento del cuerpo, sino la indiferencia del alma. Lo que desaparece al pasar la línea de sombra es más el deseo de hacer cosas que el poder hacerlas. Esa ardiente curiosidad de la juventud; ese deseo de saber y entender; esa inmensa esperanza que nos incita a descubrir cosas nuevas; esa capacidad de amar sin reservas; esa certeza de que la belleza va naturalmente unida a la inteligencia y a la bondad; esa fe en la eficacia de la razón; ¿es posible conservar todo eso después de cincuenta años de experiencias y decepciones?

Una vez pasada la línea de sombra, los espíritus entran en una zona de luz constante y moderada, en la que los ojos, no deslumbrados ya por el sol del deseo, ven las personas y cosas tal como son. ¿Cómo es posible creer en la perfección moral de las mujeres hermosas después de haber amado a una sola de ellas? ¿Cómo creer en el progreso cuando se ha constatado, a lo largo de una vida difícil, que ningún cambio violento ha triunfado sobre la naturaleza humana; que sólo las más viejas costumbres y los protocolos más antiguos aseguran a la humanidad el frágil amparo de una civilización? “Para qué”, piensa el viejo. Y puede que esta fórmula sea la más peligrosa para él, porque, luego de haber dicho: “¿Para qué luchar?”, otro día dirá: “¿Para qué salir de mi casa?”, y después:

“¿Para qué salir de mi cuarto?”, y luego: “¿Para qué levantarme de la cama?”, y al fin: “¿Para qué vivir?”, y ahí se abren las puertas de la Muerte.

Ya se vislumbra que el arte de envejecer consistirá en conservar cierta esperanza; pero antes de mostrar que esto es posible, es preciso empezar por describir las características naturales de la vejez.

2.- CONDICIONES NATURALES DE LA VEJEZ

Prescindiendo de los organismos más simples que se escapan de la muerte dividiéndose en dos individuos nuevos, todos los demás vivientes, al llegar a una edad que varía según las especies, entran en la vejez. ¿Por qué la cachipolla no conoce más que dos horas de escarceo amoroso, en tanto que la tortuga y el papagayo tienen dos siglos de esperanza de vida? ¿Por qué a un lucio y a una carpa se les concede trescientos años, y a Byron y Mozart solamente treinta? “¿Quién puede sondear el insondable pensamiento de Dios?” En cuanto al hombre, la duración media de vida, que hace un siglo estaba alrededor de cuarenta años, hoy día en los países más civilizados se acerca a los sesenta; un cambio rápido que permite pensar que si las guerras o revoluciones no vinieran a contaminar la higiene, en el próximo siglo sería normal que algunos llegaran a vivir cien años; cosa que, por otra parte, no cambiaría nada de nada.

Cuanto más cerca de la naturaleza están los seres, más cruelmente es tratada la vejez. El lobo viejo es respetado mientras pueda atrapar una presa y matarla. Pero Kipling ha descrito en el *Libro de la Jungla* la furia de los jóvenes lobeznos que se desdennan de ser conducidos por un lobo entrado en años que va perdiendo fuerzas. El día en que al viejo Akela le falla la gacela, está perdido. Una de las bestias jóvenes terminará con el desdentado solitario. Los hombres primitivos se comportan en esto igual que las bestias. Un viajero en África ha descrito al viejo jefe aterrizado que le decía con voz suplicante: “Dame tintura para mis cabellos. Si ven que me blanquean me matarán”. En algunas poblaciones de los Mares del Sur las familias obligaban a los viejos a subir hasta la punta de un cocotero y luego sacudían el árbol. Si el padre era capaz de agarrarse, tenía derecho a vivir; pero si se caía, se daba por juzgada su tarea y a un mismo tiempo ejecutada la sentencia.

El método nos parece brutal, pero también nosotros tenemos nuestros cocoterros. Los discursos públicos, las conferencias, las actuaciones teatrales son pruebas tras las cuales el público suele decir de un político, escritor o actor teatral: “Está acabado”. En muchos de estos casos se trata de una condena a muerte, bien porque tras el retiro vendrá la miseria, o porque la desesperación terminará en enfermedad. La guerra es el cocotero de las generaciones. Las mujeres jóvenes son los cocoterros resbalosos y peligrosos de los viejos libertinos. Un jefe que obliga a sus ministros a saltar vallas llameantes para

asegurarse de la juventud de sus articulaciones, está practicando la política del cocotero. En pueblos menos primitivos, a los viejos no se les hace morir, sino que a veces se les trata con dureza. Montaigne cuenta historias terribles: la del niño que ve a su padre tallando una escudilla de madera, y al preguntarle por qué lo hace, responde: “Es para ti cuando seas viejo como tu abuelo”. Y aquella del hijo que arrastra a su anciano padre por los cabellos hasta la puerta, cuando de pronto oye que el viejo le grita: “¡Detente ya! Yo arrastré a tu padre sólo hasta aquí”.

En el mundo pueblerino, que vive casi en estado de naturaleza pura, es la fuerza la que en bastantes casos regula todavía las relaciones generacionales. En los ambientes ciudadanos es preciso tener en cuenta la *edad* de las sociedades. En tiempos de revolución y de cambios rápidos, la victoria segura es la de la juventud porque se adapta más rápidamente y sus reflejos responden con más prontitud. Durante la Revolución Francesa, fue la que entendió la guerra de masas, mientras la vieja generación estaba todavía en la guerra del trabajo y los oficios. Hoy día la juventud pilota aviones igual que ayer conducía automóviles. En estos tiempos de grave crisis no encuentra, como en las civilizaciones bien establecidas, ni situaciones ya hechas, ni poderes propios de la edad y del dinero. Así que sólo representa la fuerza de los profetas, que le proponen objetivos simples y no le dan más que ingenuas esperanzas.

Por otro lado contrario, las viejas sociedades ricas tienden a convertirse en gerontocracias. Ahí los ancianos dominan en los consejos y en las asambleas oficiales, porque en un mundo que no ha cambiado desde hace mucho tiempo, la experiencia cuenta como un bien precioso. En un país como Inglaterra se cuida mucho de lo tradicional, se gobierna por usos y costumbres y la longevidad tiene rango de virtud. En la China de otros tiempos, los viejos eran objeto cierta atención caballeresca. “No es decente permitir, decían los Chinos, que se vea a un hombre de cabello gris llevando un paquete por las calles.” Su sentimiento más vivo era el de ser agradables a sus parientes en la vejez. El drama era estar ausente en la muerte de los padres. En las asambleas, sólo los ancianos tenían derecho a hablar. Vivían en casa de sus hijos, y allí eran profundamente respetados. Se consideraba natural que intervinieran en la vida de las parejas jóvenes. En un libro popular estudiando en todas las escuelas chinas, se leía: “Durante los meses de verano, cada uno debería mantenerse junto a sus padres con un abanico para aliviarles el calor y espantarles las moscas y mosquitos. En invierno, el hijo debe ocuparse de que las mantas de la cama sean bastante calientes y bien mantenida la temperatura de la estufa; debe vigilar las aberturas o grietas de las paredes y los desajustes de las puertas para que sus padres estén al cubierto de las corrientes de aire y se sientan confortables y felices durante todo el día”¹.

¹ LIN-YOUTANG, *The importance of living*.

En la China moderna estos sentimientos y atenciones tienden a desaparecer. En todo régimen joven la fuerza se cotiza mejor que la sabiduría ancestral. Pero no hay régimen que pueda mantenerse joven. Desde que empieza a envejecer, renace el respeto hacia los hombres maduros y luego por los ancianos. El jefe que ha montado toda su vida basándose en la idea de juventud, acaba perdiendo la suya. Como el lobo viejo, trata de ocultar su desgracia por largo tiempo. Se mantiene en buena forma física, tiene audacias y excesos de joven, finge una violencia de la que él mismo no está muy convencido. Pero tarde o temprano el tiempo lo convertirá en senador y después en cadáver.

Así, siguiendo un ritmo natural, van alternando la efebocracia y la gerontocracia. ¿Qué más se puede desear? Cualquier propósito sería vano. Las circunstancias imponen la solución. Si hay cambios rápidos e iniciativas extrañas, triunfa la juventud; si hay estabilidad y tradición fija, se impone el prestigio de la vejez. Tal vez la mejor política de las generaciones sea la de los guerreros de Homero: para el comando activo de tropas, imponer a algunos héroes jóvenes, y cerca de ellos, el sabio Néstor como ministro de Estado.

3.- LOS MALES DE LA VEJEZ

He aquí el aspecto social del problema. Para el individuo, este problema es más complejo. La vejez le llega con todo un cortejo de dificultades. ¿Vencibles? Yo no lo creo, pero para vencerlas hay que plantarles cara. Vamos pues a componer un cuadro bien negro y completo de todos los males que cortejan a la vejez. Mientras este negro panorama se vaya desarrollando, ruego que nadie se espante. Hacemos como el médico que, ante una enfermedad peligrosa que exige ciertas precauciones, le dice a su paciente: “Esto es lo que te va a suceder si no tienes cuidado”, y enseguida le enumera los incidentes, cada uno peor que el otro. “Pero todo eso -añade luego- no sucederá nunca si tomas tales o cuales precauciones”. He aquí, pues, lo que *podrían ser* los males de la vejez, que no te van a suceder si sabes prevenirte.

En principio, y salvo casos excepcionales, un cuerpo que ha envejecido es como un motor fatigado que, si fue bien cuidado, revisado y reparado a tiempo, todavía puede seguir sirviendo. Pero en tanto ya es como era antes: no se puede someter a grandes esfuerzos. A partir de una cierta edad, el trabajo se vuelve más fatigoso; el trabajo manual a veces resulta imposible y el intelectual, de calidad variable. Hay artistas que permanecen dueños de su talento hasta el final. Voltaire compuso *Cándido* a los sesenta y cinco años; Víctor Hugo escribió en su vejez unos versos bastante buenos; Goethe, el admirable fin del segundo *Fausto*; Wagner termina el *Parsifal* a los sesenta y nueve años. En nuestro tiempo, Paul Claudel, a los setenta y un años, reescribe enteramente *El anuncio a María*, que fue la obra que escribió a los veinticinco. Otros, al contrario,

agotan muy pronto su inspiración. Eran autores que debían su talento a las pasiones de una juventud dolorosa, y de los cuales jamás se interesó el mundo exterior. El silencio de su propio corazón produjo el de su talento.

Dice La Rochefoucauld que “La vejez es un tirano que prohíbe bajo pena de muerte todos los placeres de la juventud”, empezando por los más vivos de todos: los del amor. Un hombre viejo, una mujer vieja, bien poco pueden hacerse amar de una persona joven. Por más intacto de corazón que sea el viejo, por fresco que conserve su rostro y vigoroso su cuerpo, es difícil, aunque no imposible, que forme una pareja tan perfecta y bien acordada como entre personas de la misma edad. Se podrán citar ejemplos gloriosos: Goethe y Bettina; pero Goethe no era la amante de Bettina, y por otra parte habría que preguntarse qué parte tienen, en tales amores, el respeto, la admiración y la abnegación. ¿Os acordáis de los admirables y crueles versos de Baudelaire?:

Angel pleno de belleza, ¿conoces tú las arrugas
Y el ardor de envejecer, y el terrible tormento
De leer el secreto horror de abnegación
En aquellos ojos por los que tanto tiempo ha
Arden nuestros ojos ávidos?
Angel pleno de belleza, ¿conoces tú las arrugas?

Balzac ha pintado muchas veces la tragedia del anciano enamorado. Como no se da cuenta de que si recibe alguna concesión especial es gracias a los regalos o favores siempre renovados, se deja arruinar por cualquier muchacha sagaz que le sabe dar alguna esperanza loca. Como otro Barón Hulot, llega hasta la humillación y la decadencia mendigando un favor. Chateaubriand, que sabía demasiado de estos sufrimientos, ha dejado un terrible manuscrito: *Amor y vejez*, un largo lamento, un grito de un viejo amante que no sabe envejecer. “El castigo de quienes han amado mucho a las mujeres es el de seguir amándolas siempre”. Y el castigo de aquellas que han amado mucho a los hombres consiste en que, al pasar a veces frente a un grupo de los más jóvenes, tiene que escuchar este comentario: “Parece que fue bonita”.

En muchos casos, es el mismo corazón el que se envejece, y al envejecer se entrega a un extravagante abandono. ¿Será quizá porque le falta el soporte del deseo físico que mantenga vivas las pasiones? ¿O tal vez el sentimiento de la brevedad de la vida le amortigua el deseo y los afectos? En otros casos el egoísmo de ciertos ancianos suele ser sorprendente. Alphile pasó toda su vida con Eunice. Fue su amante cuando ella tenía veintisiete años. La forzó a dejar a su marido, y si no se casó con ella fue porque él también estaba casado. Ella sacrificó por él a toda su familia: sus hijos, su respetabilidad y sus amigos. Se ocupó de facilitarle sus placeres, su obra y su carrera. Acabada su relación amorosa, siguieron siendo amigos por largo tiempo. Él tenía ochenta años y

ella setenta y todavía se veían todos los días. Al morir ella, todos los que conocían a la pareja se compadecían de Alphile. “De ésta se nos muere” –decían. ¡Pero nada de eso! De pronto empezó a rejuvenecer. No sólo era demasiado viejo para amar sino también para sufrir.

Ese egoísmo de la vejez hace perder muchas amistades. En ella las personas más jóvenes no encuentran ese calor especial que junto con la experiencia podría ejercer en ellos alguna atracción. La avaricia es un mal del anciano. En parte se debe al miedo de quedarse sin recursos. El anciano sabe que le costaría mucho ganarse la vida y que un trabajo demasiado duro le sería imposible. Entonces se aferra a lo que posee. Se previene contra todo accidente: tiene escondrijos en todas partes y precauciones a todo riesgo. Pero no siempre la avaricia se debe al miedo. Todo ser humano necesita tener una pasión, y la de la avaricia es accesible a toda edad y capaz de proporcionar placeres vivos: contar el dinero, manosearlo, estar al día del movimiento bursátil y de las piedras preciosas, todo eso mantiene cierto poder a pesar de la debilidad corporal. Hay una especie de juego de avaricia que proporciona fantásticos estados de embelesamiento: consistente en ir suprimiendo, uno tras otro, todas las ocasiones de gastar. Releed a continuación *Eugénie Grandet*.

“No es la necesidad de dinero –escribe La Bruyère– lo que hace que ancianos caigan en la avaricia, porque hay algunos que poseen tan buenos fondos que es imposible que teman la carencia. Por otra parte, ¿cómo pueden temer la falta de comodidades si son ellos mismos quienes voluntariamente se privan de ellas por satisfacer su avaricia?... Este vicio es más bien efecto de la edad y de la complexión de los viejos, que se abandonan a él con la misma naturalidad con que se entregaban a sus placeres en la juventud, o a sus ambiciones en la edad adulta... No hace falta ni vigor, ni juventud, ni salud para ser avaro; sólo falta encerrar los bienes en el cofre y privarse de todo. Esto es cómodo a los viejos y a todo el que necesita una pasión por el hecho de ser hombre...”

En definitiva, los defectos del espíritu en la vejez aumentan tan a menudo como los del rostro. Puesto que el viejo se ha vuelto incapaz de asimilar las ideas nuevas porque también lo es para masticarlas, entonces se aferra a los prejuicios de su edad madura con una tozudez regañona. Montado sobre los zancos de la experiencia, se cree capaz de dominar los problemas. La contradicción le exaspera; la tiene por una falta de respeto. Tiene tozudeces y rabetas de niño. “En mi tiempo –dice– no estaba permitido contradecir a un hombre de más edad”. Pero se olvida de que esta frase es la misma que su abuelo le

dirigía a él en su tiempo. Incapaz de renovarse interesándose por lo que ocurre ante sus ojos, repite constantemente sus anécdotas. Son las que alegraron su juventud, y las que de tanto repetirlas, terminan por envenenar la de las generaciones siguientes. Los jóvenes que las escuchan bostezan o se intercambian sonrisas maliciosas, y pronto terminan retirándose. De aquí viene la soledad, que es el gran mal de la vejez. Ha ido perdiendo, uno a uno, todos los compañeros de la vida, y no es capaz hay capaz de reemplazarlos. Poco a poco se va extendiendo el desierto en el entorno del viejo. Terminará por desear la muerte, a menos que la tema tanto cuanto más cercana y amenazante la vea.

Tolstoi, fiel pintor de esta realidad como de todas las demás, pinta al final de *Guerra y Paz* un sorprendente retrato de la vieja que envejece mal.

«Después de la muerte tan reciente de su hijo y de su marido, se vio abandonada en el mundo por puro azar y con una vida carente de objetivo y de sentido. Comía, bebía, dormía, velaba, pero no vivía. La vida no le hacía ninguna ilusión. No pedía otra cosa que tranquilidad, la cual no podía hallar sino en la muerte. Pero mientras tanto tenía que vivir, es decir, consumir sus fuerzas vitales. Se notaba en ella, en el más alto grado, lo que suele verse en los niños pequeños y en las personas muy viejas. No se había en su vida ningún objetivo exterior: sólo la capacidad de llevar a cabo algunas funciones ordinarias. Tenía necesidad de comer, de dormir, de pensar, de llorar de enojarse, etc... sólo porque tenía un estómago, un hígado, músculos y nervios.

«Todo eso lo hacía sin ningún estímulo exterior, a diferencia de como ocurre en la plenitud vital de los hombres, cuando fuera del objetivo al que aspiran no les importa aplicar sus fuerzas a otra cosa. Ella hablaba porque, físicamente, tenía necesidad de hacer funcionar sus pulmones y su lengua. Tenía que sonarse porque lloraba como un niño.

«Por la mañana, sobre todo si la noche anterior había comido algo graso, necesitaba enfadarse, y tomaba por pretexto la sordera de Mme. Bielova... Otro pretexto era el tabaco, que a veces lo encontraba seco, o húmedo, o mal triturado. Luego de estas pequeñeces, la bilis se extendía sobre su rostro, y entonces sus camareras sabían que Mme. Bielova volvería a ser sorda, el tabaco húmedo y su cara amarilla. De la misma manera que necesitaba hacer circular su bilis, así también a veces sentía la necesidad de usar la capacidad que le quedaba de pensar, y para ello hallaba la solución en la paciencia. ¿Qué necesitaba llorar? Entonces hablaba del difunto Conde.

«Cuando quería inquietarse, el pretexto era Nicolás y su estado de salud; cuando se le antojaba mortificar a alguien, el objeto era la Condesa María; cuando necesitaba desentumecer la voz, (que solía ser a las siete de la tarde, después de la digestión), el pretexto era la misma historia de siempre narrada a los mismos oyentes.

«Todas las familias comprendían el estado de la vieja, aunque nadie hablaba jamás de ello, y todos se esforzaban lo más posible en satisfacer sus deseos. Esta comprensión recíproca de la situación de la vieja sólo se expresaba en los raros momentos en que se intercambiaban miradas y medias sonrisas entre Nicolás, Pedro, Natacha y la Condesa Maria.

«Pero esas miradas decían aún otra cosa: que la vieja ya había cumplido su misión en este mundo, pero que lo que en ella se veía no era todo lo que ella era; que quienes la miraban se volverían un día como ella, y que era un placer obedecerla y sacrificarse por ese ser que una vez fue querido y lleno de vida, y que ahora es miserable. *Memento mori*, parecían decir aquellas miradas.

«En aquella casa, sólo las personas malas o torpes y los niños pequeños no comprendían a la vieja y se alejaban de ella».

Resumamos ahora los peligros de la vejez: ella nos debilita, nos prohíbe los placeres uno tras otro, reseca el corazón juntamente con el cuerpo, nos aleja de la aventura y la amistad, y se ensombrece, al fin, con la idea de la muerte. Un cuadro muy negro.

4.- ¿ES POSIBLE NO ENVEJECER?

El arte de envejecer consiste en luchar contra esos males y lograr que, a pesar de ellos, hagamos agradables los últimos días de nuestra vida.

Luchar contra esos males... ¿Es esto posible cuando nos atacan el cuerpo? ¿Acaso la vejez no es un proceso psicológico natural cuyo desarrollo inevitable hay que aceptar? La hemos comparado a esa vejez de las hojarascas otoñales. ¿No podríamos escribir la fábula de *El árbol que quiso guardar sus hojas*? Vanamente trataría de retenerlas, de encolarlas, de coserlas. Las tempestades del invierno lo convertirían a su tiempo en el mismo negro esqueleto de sus vecinos.

Mientras tanto, la civilización y la experiencia humana han enseñado a la gente algunos medios de luchar contra la vejez, o al menos contra sus apariencias. Es lo que se hace, en buena parte, con los maquillajes y los adornos. Por lo común las mujeres viejas dan más importancia que las jóvenes a la ropa y a las joyas. Es lo más natural. Las joyas brillantes atraen más las miradas y tienen el efecto disimular imperfecciones. Las esferas nacaradas a modo de lunares de un buen collar de perlas hace que pasen desapercibidos los surcos descarnados del cuello; el relieve de las sortijas esconde la vejez de las manos, y el de los brazaletes la de las muñecas. Las diademas y los pendientes de las orejas, además de los tatuajes como los de las tribus más primitivas, deslumbran al interlocutor impidiéndole contar las arrugas de la frente y las patas de gallo.

Todo lo que ayuda no distinguir bien entre juventud y vejez es un acto de civilización. El siglo más refinado de la historia inventó la peluca, que fue un homenaje que la cabellera rendía a la calvicie. Los polvos y el colorete tienen el efecto de que las mujeres jóvenes se parezcan a sus abuelas y las enfermas a las saludables. Toda la política de sastrerías e institutos de belleza debería consistir en crear una moda que lograra infundir alguna esperanza a las mujeres de cierta edad. Cuando se entra en años, el arte de vestirse estriba en esconder las desgracias, lo cual es todavía una forma de fineza. El velo es una maravillosa invención para disimular el estado real de la imagen y transformar a todas las mujeres en bellezas irreales. En cualquier caso, todos los modos de acicalarse son formas de velaje; enmascaran bien que mal los estragos del tiempo.

¿Podrá un día la ciencia impedir que la vejez mine y destruya nuestro cuerpo? ¿Nos hará brotar una verdadera Fuente de Juventud? Se suele decir que un hombre no tiene la edad de su partida de nacimiento sino la de sus arterias y articulaciones. Un hombre de cincuenta años puede ser más *viejo* que uno de setenta. Debería, pues, ser posible rejuvenecer un cuerpo devolviendo sus células a una edad fisiológicamente más joven. Los biólogos lo han hecho en criaturas inferiores. Tomad un organismo simple, por ejemplo el de ciertos tunicados que viven en el Atlántico. Meted uno de esos seres en una pequeña cantidad de agua de mar y dejadlo que se envenene con sus mismas deyecciones. Rápidamente envejecerá. Pero renovadle cada día su agua y veréis que el proceso de envejecimiento se detendrá. Es posible que la vejez de nuestras células se deba a una acumulación de deshechos, y que llegue un día en que, lavándolos a intervalos razonables, aumente la duración de nuestra existencia.

También se ha probado de rejuvenecer animales y personas mediante injerto de órganos o inyección de ciertas hormonas. Con este tratamiento algunos ratones viejos recuperan su viveza, su buen aspecto, sus amores. El efecto dura entorno a un mes, y se ha logrado repetir la operación hasta cuatro veces. Así la vida del ratón se prolonga la mitad y hasta parece más feliz. Pero el efecto de los tratamientos es cada vez más corto y el envejecimiento más rápido. También son conocidos los experimentos que el doctor Voronoff hizo con moruecos. Los resultados en humanos son menos seguros, pero parece que eso no importa mucho, porque un hombre puede hoy día llegar a los ochenta años y hasta más, simplemente a base de una buena higiene. ¿Queremos todavía más?

A los ochenta años ya se ha visto de todo: el amor y el fin del amor, la ambición y la vanidad de la ambición, dos o tres locuras doctrinales y su curación. El terror a la muerte ya no es tan vivo. Los afectos se dirigen sobre todo a seres desaparecidos o a sucesos pasados. “Sólo falta que yo me sienta un mito”, decía Goethe. En las sesiones de cine continuo, el espectador tendría teóricamente el derecho de seguir viendo la película desde la mañana hasta la noche. Pero la realidad es que el aburrimiento lo saca

del asiento apenas empieza a ver las imágenes repetidas. La vida es como un espectáculo continuo. Durante treinta años repitiendo las mismas “actualidades”, uno se cansa. De esta manera los espectadores, se van levantando uno tras otro para salir.

Después que los escritores ingleses hubieron festejado el setentavo aniversario de Wells, éste hizo un discurso donde dijo que aquella ceremonia le recordaba lo que sentía cuando de muy pequeño su nodriza le decía: “Ya es hora de ir a la cama, Master Henry”. Cuando llega esa hora el niño protesta, pero en el fondo siente que el sueño le vence y que la cama será su reposo deseado. “La Muerte -añadió Wells- es una nodriza afectuosa y severa; cuando llega la hora viene a decirnos: “Master Henry, es hora de ir a la cama”. Nos resistimos un poco; sin embargo, sabemos bien que ha llegado la hora del reposo, y en el fondo de nuestro corazón, éste es el reposo al que aspiramos.

5.- ¿ES POSIBLE ENVEJECER BIEN?

Si aceptamos sin demasiada tristeza la idea de que la duración de la vida es limitada, es porque al menos deseamos llegar sanos de cuerpo y de espíritu hasta el término de la carrera. ¿Es esto posible? Es muy posible.

No es verdad que la vejez vaya *necesariamente* acompañada por el cortejo de males que hemos descrito. Observad a los animales. Muchos de ellos pasan de la vida a la muerte sin cambios profundos. Un cuerpo bien ejercitado puede conservar por mucho tiempo su gracia y flexibilidad. El secreto está en no dejarse abandonar jamás. Lo que uno hizo ayer también lo puede hacer hoy, pero lo que deja de hacer se perdió para siempre. ¡El ejercicio y la constancia hacen maravillas! Hay septuagenarios que hacen diariamente esgrima, tenis, natación o boxeo. La sabiduría está en ejercitar el cuerpo hasta el fin, pero no en forma caprichosa e intermitente. Porque interrumpir una vejez incipiente es imposible, pero impedir que la vejez entre en nuestro cuerpo es bastante fácil y además deseable en gran manera. “Es una gran simpleza -decía Montaigne- alargar y anticipar las incomodidades humanas. Prefiero mucho más ser viejo por mucho tiempo que ser viejo antes de serlo”.

Entonces, nada de renuncia física prematura. Nada de renuncia sentimental. El corazón, lo mismo que el cuerpo, necesita ejercicio. Naturalmente, no sería cuestión de provocar sentimientos en forma deliberada. Pero, ¿por qué privarse de lo que uno sabe que puede hacer sin otra razón que por la edad? ¿Será porque los viejos amorosos son ridículos? No. Los viejos sólo son ridículos cuando se olvidan de que lo son. No hay nada de ridículo en una pareja de viejos enamorados, pues cada uno de los dos sigue viendo en el otro lo que amaba cuando era joven. Las atenciones, la ternura, el afecto y la admiración no tienen edad. Más aún: suele suceder que, cuando envejecemos, los malos ratos pasados y el amor imperfecto van tomando un sabor puro, sencillo y

delicioso. Aquellos malentendidos sensuales desaparecen juntamente con la sensualidad; los celos mueren con la juventud; la violencia se apaga al mismo tiempo que la fuerza corporal. Con los restos de dos juventudes tempestuosas se pueden crear dos vejezes hermosas. La vida de estas parejas se parece a los ríos que, siendo primero torrentes peligrosos y a la vez saltarines dentro de su cauce, cuando se aproximan al estuario se convierten en límpidos y bellos remansos discurriendo lentamente, en cuyo amplio espejo se reflejan los álamos de las orillas y los astros de la noche.

Los amores de los viejos pueden ser tan tiernos y sinceros como los de los jóvenes. Tienen la pureza de la amistad, pero al mismo tiempo la inquietud ardiente y tierna del amor. Víctor Hugo cuenta la emoción que sintió al ver a Mme. Récamier, ciega, junto a Chateaubriand, paralítico. “Todas las tardes, a las tres, llevaban a M. Chateaubriand junto a la cama de Mme. Récamier. Aquello era conmovedor. La señora que ya no veía, buscaba al hombre que ya no oía; sus dos manos se reencontraban. ¡Bendito sea Dios! La vida se nos va, pero aún nos amamos”. La fidelidad desafía la vejez. Disraelí se arrastraba penosamente por la calle para ver de lejos a Lady Bradford; los empleados de Estado estaban al servicio de su dama. “Ellos pueden esperar en vuestra casa durante todo el día, pues son los esclavos de vuestra voluntad”. Es cierto que Lady Bradford lo hizo sufrir un poco, pero ella había sido, para un sentimental como él, que no podía vivir sin un romance, el pretexto de sus últimos sueños. El oficio de las mujeres es despertar con su coquetería las ilusiones de los viejos, y conducirlos poco a poco a la muerte con las ingenuas inquietudes de la juventud. ¡Cuántas veces hemos visto vidas sentimentales que parecían definitivamente apagadas, iluminarse con una sorprendente llamarada, como esos incendios forestales que se dan por apagados y de pronto retoman su camino cantando!

Por otra parte, la vida sentimental no está hecha sólo de sentimientos amorosos. Nada de eso. El afecto que siente el viejo por los niños, sobre todo los más pequeños, es a menudo suficiente para llenar su vida. Hay algo de delicioso en contemplar al hijo o a la hija recorrer a su turno el camino de la vida. Gozamos al verlos felices, sufrimos por sus dolencias, nos alegramos de sus amores, tomamos parte en sus combates. ¿Cómo podríamos sentirnos fuera de juego estando ellos ahí para continuar nuestro juego? ¿Cómo nos creeríamos privados de placeres en la medida en que ellos pueden gustarlos? Recordando el gozo de la primera vez que fuimos al circo, ¿no es más gozoso todavía la de llevar allá por primera vez a nuestros niños? Después de la dicha de haber descubierto nuestros poetas preferidos, ¿no es acaso la mejor el espiar en el rostro de nuestros hijos la admiración y el placer que les causa la lectura de los libros que hemos escogido para ellos? Y en el momento en que el destino no nos puede procurar grandes alegrías porque lo prohíbe la edad, ¿puede concebirse un goce más intenso que el de dedicar nuestra vida a llenar de placer la de nuestros hijos?

Llega un momento en que una atadura más fuerte que la paternal liga más estrechamente los abuelos a los nietos. Al estar el viejo libre de obligaciones, se encuentra disponible a cualquier hora para los nietos. Está dispuesto a jugar, a contar cuentos, a escuchar confidencias. Sus mismas fuerzas se adaptan a la de los pequeños. Si ya no puede correr con su hijo, todavía puede vacilar con su nieto. Los primeros y los últimos pasos tienen el mismo ritmo. Los primeros y últimos paseos tienen el mismo círculo por límite.

Tampoco es verdad que el viejo deba ser necesariamente un solitario. Lo es si se muestra egoísta, avaro, dominante, refunfuñón. Pero si está atento a los defectos propios de la vejez y los combate y reprime desde un principio, si se propone ser generoso, modesto y afectuoso, entonces verá, contra lo que suele suceder, que la gente joven buscará su amistad y apelará a su experiencia. La dificultad que tiene el viejo es precisamente la de comunicar esa experiencia (que si no es decepcionante, es al menos aburrida) sin afectar el natural entusiasmo de los adolescentes. Pero después de todo, la experiencia no enseña que todo entusiasmo sea absurdo; sólo enseña a no esperar grandes efectos de grandes palabras y discursos, sino grandes trabajos y virtudes. Esta es la enseñanza que la juventud espera de los hombres dignos. Era hermoso ver alrededor del octogenario Lyautey, un equipo fiel de jóvenes que acudían a este viejo jefe en demanda de razones para creer y esperar. Los visitantes de Meredith, de Mallarmé y de Bergson salían siempre enriquecidos de alguna idea ingeniosa y noble. Un anciano sin mal humor nunca será un anciano sin amigos.

Todos los años, hacia la mitad de diciembre, pasando por la alta cornisa de La Turbie, me dirigía hacia una pequeña casa parecida a las de los campesinos romanos, en la que vivía M. Gabriel Hanotaux. Al borde del camino hondo hay un olivo dos veces milenario que evoca a Virgilio. Bajo los naranjales, el dueño del vergel, a sus ochenta y cinco años, sube más ligero que los jóvenes la pesada cuesta de su jardín. Su voz es agradable. “Yo hablo -dice él- el francés de Luis XV. Mi abuela me lo enseñó, igual que la suya se lo enseñó a ella”.

El buen sentido de M. Hanotaux es a la vez antiguo y joven como su acento francés. “Voy a indicaros -dice- algunos preceptos que repetiréis siempre que tengáis necesidad de consuelo. Son simples y eficaces. Helos aquí: *Todo llega... Todo se olvida... Todo se arregla... Nadie entiende nada de nada... Si todos superan lo que todos dicen de todos, nadie le hablaría a nadie...*” Ahí tenéis a un viejo a quien el estudio de la historia y la práctica de una larga vida no le han enseñado la desesperanza y la indiferencia, sino la serenidad y la confianza. A sus ochenta y cinco años hace mil proyectos, piensa en largos viajes, construye y planta.

En una forma semejante, el Mariscal Lyautey me decía al terminar la Exposición Colonial: “Y ahora, ¿qué voy a hacer?” “Señor Mariscal -le respondí-, seguramente el

gobierno encontrará alguna forma de emplearos... -¡Encontrará!... ¡encontrará!...- refunfuñó. Amigo mío, todo eso es muy bonito, pero yo voy a cumplir ochenta años; si quiero hacer una carrera, ¡tengo que empezar ya!”

Así es como hay que ser. Hemos dicho antes: “La vejez es el sentimiento de que es demasiado tarde, de que la partida ya está jugada, de que la escena pertenece ya a otra generación; el verdadero mal de la vejez no es el debilitamiento del cuerpo, sino la indiferencia del alma”. Pero contra esa indiferencia, podemos y debemos luchar. Los hombres que menos rápido envejecen son los que han mantenido razones para vivir. Alguien podría creer que una vida agitada, de grandes emociones, luchas, estudios e investigaciones es lo que desgasta a una persona. Sin embargo, lo que parece cierto es lo contrario. Clemenceau y Gladstone, presidentes del Consejo, eran admirables por su vigor. Envejecer no es más que una mala costumbre; el hombre ocupado no tiene tiempo de adquirirla.

Pero, ¿qué ha de hacer un hombre para mantenerse ocupado? ¿Acaso un anciano tiene ocasión de encontrar ocupaciones? Y sin embargo, ¿es bueno para un país y para una empresa poner a viejos al frente de los quehaceres? La respuesta es que en muchos casos los ancianos mandan mejor que los jóvenes. Fue el viejo Favio quien salvó Roma. La guerra de 1914 puso jefes ya entrados en años en el primer plan de dos campos de acción. “Agamenón no deseaba tener diez camaradas como Ajax, sino como Néstor; y no dudó de que, si los hubiese tenido de los primeros, Troya no habría sucumbido de inmediato”. Un diplomático viejo, un médico viejo, tienen mayor acúmulo de experiencia y sabiduría; juzgan los negocios y las doctrinas con más justeza y serenidad. “No por la fuerza y agilidad del cuerpo -dice Cicerón- se llevan a cabo las grandes empresas, sino por el consejo, por la autoridad, por la sabia madurez, de las cuales la vejez, lejos de estar desprovista, las posee abundantemente”.

6.- DOS MANERAS DIFERENTES DE ENVEJECER BIEN

En definitiva hay dos maneras de envejecer bien. La primera es de no envejecer. Ya la hemos explicado: es la de los hombres que se han salvado de la vejez mediante la acción. Tal es el sentido del mito de Fausto tal como lo completa Goethe al final de su poema. En vano buscó Fausto la apariencia de la juventud. El amor, el placer y la ambición lo traicionaron, pero al fin lo salvó el trabajo. Lánguido y ciego, Fausto se impone la tarea de secar una laguna pestilencial y habilitar aquellos bajos malolientes para que vivieran hombres con sus rebaños. “Sí -decía él-, me dedico enteramente a esta idea. Sólo es digno de la vida y la libertad el que sabe conquistarlas cada día... El día que no pueda yo ejercer una actividad libre en una tierra libre dentro de un pueblo libre, entonces diré: “¡Eh, tú, espera! ¡Qué bonito eres!...” En el presentimiento de tan

sublime felicidad, saboreo mientras tanto el momento inefable. “En aquel momento Fausto cae muerto. Todo está consumado y Mefistófeles se apresta a arrastrar a su Infierno a esta alma que le fue vendida. Pero al momento los ángeles descienden y se llevan al cielo la parte inmortal de Fausto, la que jamás desesperó de la acción y que, debido a esa esperanza, se salvó.

La segunda manera de envejecer bien es aceptar la vejez. Puede ser una edad de serenidad y de renunciamiento, y por eso mismo, una edad feliz. Las épocas de lucha han pasado, la partida ya está jugada, el refugio de la muerte está próximo, ya no hay lugar para la desgracia. Cuando le preguntaron al viejo Sófocles si todavía disfrutaba de los placeres del amor, respondió; “¡Que los dioses me libren! Yo me deshice de ellos como de un amo furioso y salvaje”. A veces me he encontrado con algunos ancianos admirables que se parecían a los sabios de mis ensueños. Libres no solamente de los furores del amor, sino también de la responsabilidad de un largo porvenir, para nada envidian a los jóvenes, sino que más bien les compadecen por tener que atravesar aún el agitado mar de la existencia. Privados de ciertos placeres que poco echan de menos, gustan plenamente de los que les quedan. Ellos saben que los consejos son bastante vanos, y que cada uno debe vivir su propia vida. Escuchamos de buen grado sus recuerdos porque nos ahorran de oír sus reproches, e incluso cuando las cosas se nos vuelven demasiado difíciles, les pedimos que retomen el mando. Y tanto más de buen grado se lo ofrecemos cuanto que sabemos que para nada lo desean.

Hay también más de dos maneras de envejecer mal. La peor es la de aferrarnos a cosas que ya se os han ido; todos hemos observado a esos viejos hombres de negocios que se resisten a delegar asuntos a los hijos, y los mantienen en una especie de esclavitud, cuando podrían conquistar su cariño si tuviesen la sabiduría de asociarlos a su poder de decisión. Conocemos algunos de esos padres avaros que obligan a un hijo o hija a vivir en la mediocridad para retener entre sus manos temblorosas los signos de placeres que no les son accesibles, así como a esos viejos ambiciosos que a pocos días de la muerte, envenenan sus últimas horas con escenas de celos y lamentos. El arte de envejecer es el arte de aparecer ante las generaciones siguientes como un apoyo y no como un obstáculo; como un confidente, no como un rival.

Sobre el retiro habría mucho que decir. Para algunos es la muerte. Son los que no han sabido prepararse para ello. Para quien conserva intacta la curiosidad, es el tiempo más delicioso de la vida. ¿Qué es lo que se requiere para hacerse un retiro feliz? Haber mesurado la vacuidad de la gloria y deseado la calma de la oscuridad; conservar el deseo de comprender y aprender; mantener en su pueblo, en su casa, en su jardín alguna actividad personal y limitada. Después de haber consagrado su tiempo a los quehaceres, el sabio no se lo concede más que a sí mismo y a su propia cultura. Esto le resultará

más fácil si ha sabido mantener, durante el tiempo de sus grandes ocupaciones, algún entretenimiento con los poetas, con la belleza, con la naturaleza. En cuanto a mí, no concibo un final más bello que retirarme a un campo, no muy lejos de una población, y allí releer con anotaciones los libros que más he amado. “Es necesario -dice Montaigne- que el espíritu florezca en la vejez como un muérdago sobre la encina muerta”.

Los muertos son los amigos de los cuales la muerte no puede separarnos. Los grandes escritores son compañeros inmortales que pueden embellecer nuestra vejez, tal como despertaron e ilusionaron nuestra juventud. La música es también una amiga maravillosamente fiel. Ella ofrece a los que ya no creen en la perfección de los sentimientos humanos, unos mundos admirables y cada día renovados. La noche pasada, en la Ópera, y luego de una sublime ejecución de la *Séptima Sinfonía* de Beethoven, miraba yo los rostros de quienes me rodeaban. Todos, jóvenes y viejos, parecían transportados de entusiasmo y felicidad. Había algunos espíritus agrios, decadentes y fatigados, pero también se veían tan embelesados como los demás. Arrebatados por las olas de los sonidos, acariciados por los efluvios de los temas melódicos, abandonados al calor del genio, se entregan a una felicidad que no tiene edad ni añoranzas. Y yo, saboreando junto a ellos una felicidad casi divina, comprendía a esos grandes señores de antes que escogían morir al son de la música preferida.

“Qué dichosa es una vida -dice Pascal- cuando comienza con el amor y termina con la ambición”. Más dichosa es todavía si, con toda la ambición satisfecha y superada, termina en la serenidad. Entonces, pasada la línea de sombra de la cincuentena, diez o veinte años después, surge una línea de luz que traspasa al hombre. Los primeros signos de la vejez le habían parecido dolorosos. Sufría al ver que un tiempo que a él le parecía el suyo se aferraba a ideas y patrones nuevos. Pero ahora, al contrario, disfruta quedándose como espectador alerta y desinteresado de una época que ya no es la suya. Su rostro apaciguado, la claridad riente y franca de su mirada dicen bastante sobre el estado de su alma. No, no es verdad que la vejez sea un infierno, en las puertas del cual haya que escribir: “Vosotros, los que entráis aquí, perded toda esperanza”. Hemos analizado las razones de desesperanza que el anciano creía tener, y vimos que ninguna de ellas carece de remedio. Decimos que la vejez es una edad privada de fuerzas; pero ésta es más una cuestión de salud que de edad, pues hay viejos vigorosos y jóvenes muelles y descuidados. Decimos que la vejez está privada de placeres; pero tiene los suyos, tanto más deliciosos y amados cuanto los ve más fugitivos. Decimos que está privada de actividad; sin embargo, los ancianos a menudo trabajan, mandan y gobiernan mejor que los jóvenes. Decimos que está privada de amigos; al contrario, estará rodeada de ellos si se hace digna de tenerlos. Decimos, en fin, que la vejez teme la muerte; pero eso es cuestión de un miedo del cual muchos se curan por la fe y la filosofía.

7.- EL ARTE DE MORIR

We know not whether death be good.
But life at least it will not be.
Men will stand saddening as we stood,
Watch the same fields and skies as we.
And the same sea².
SWINBURNE.

Hay dos maneras de morir bien: la del epicúreo, que cree que la muerte no es nada, y la del cristiano, que cree que lo es todo. “Acostúmbrate -dice Epicuro- a la idea de que la muerte no es nada relacionado con nosotros; porque el bien y el mal no consisten más que en la percepción que tenemos de ellos, y la muerte es la privación de toda percepción. Comprender que la muerte no es nada es una fuente de felicidad en la vida mortal... Porque no hay nada de terrible en la vida para quien de verdad ha comprendido que más allá de la vida no hay nada... La muerte no existe, pues en tanto que existimos no hay muerte, y cuando hay muerte dejamos de existir”. En cuanto al filósofo cristiano, él no teme la muerte porque para él no es más que un tránsito, más allá del cual sabe que encontrará a los que ha amado y gozará de una existencia infinitamente más bella que la de la vida terrestre.

No nos sorprende mucho que el santo y el héroe mueran bien. Pero sin ir hasta las fronteras de lo sublime, los buenos obreros mueren noblemente cumpliendo con su oficio hasta el final. Los muertos “profesionales” tienen grandeza. Uno se acuerda de las agonías de Balzac y de Proust, hombres llenos de los personajes que crearon; el primero, llamando al médico Bianchon; el segundo, garabateando el nombre de Forchenville. ¿Sabéis la última frase del gramático Padre Bonhours? “¿Voy yo, o vas yo a morir, uno y otro se preguntan”. Carlos II de Inglaterra muere como rey y como gentilhomme: “He gastado un tiempo increíble en morir; espero que me disculpéis”. Richelieu como ministro, le pregunta: “¿Perdonáis a vuestros enemigos? -No tengo más enemigos que los del Estado”; Corot como pintor: “Espero de todo corazón que en el cielo se pueda pintar”; Chopin como músico: “Tocad a Mozart en recuerdo mío”; Napoleón como jefe: “Francia... armada... cabeza de armada”; Cuvier como anatomista: “La cabeza se compromete”; Lacépède como naturalista: “Voy a encontrarme con Buffon”; Madame Louise como hija de rey: “¡Al Paraíso! Rápido, rápido, a todo galope!”

² Nota del traductor:

“No sabemos si la muerte es buena,
Pero al menos sabemos qué vida no será.
Los hombres quedarán criando tristeza, tal como estuvimos nosotros,
Mirando los mismos campos y cielos que nosotros,
Y el mismo mar”.

El oficio ha invadido a veces tan profundamente al hombre, que en cierto modo le sobrevive. El filósofo Halle, que era médico, palpó su propio pulso hasta el último latido: “Amigo mío -le dijo a un colega-, la arteria está cesando de latir”. Fueron sus últimas palabras. Estando en agonía el matemático Lagni (autor de un método sumamente nuevo y abreviado para extraer raíces cuadradas y cúbicas, publicado a principios del siglo XVIII), cuando ya no podía reconocer a sus amigos y parecía inconsciente, uno de sus asistentes se inclinó hacia él y le dijo: “Lagni, ¿cuál es el cuadrado de doce?” -Ciento cuarenta y cuatro” –respondió Lagni. Estaba muerto.

“Si yo fuese hacedor de libros -escribe Montaigne-, haría un registro comentado de diversas muertes”. Dos escritores ingleses³ compusieron el libro que deseaba Montaigne. Al terminar esta lectura se experimenta un sentimiento de respeto por el coraje humano. No hay nada de cobardía en estos relatos. “Morir, dormir, nada más... Pero en el sueño de la muerte, ¿qué sueños habrá?” Si la terrible pregunta de Hamlet queda sin respuesta, no es nada inútil saber que reyes, artistas o pobres diablos y muchos humanos se la han planteado sin desfallecer.

8.- CARTA A ALGUNOS JOVENES

Here's a smile to those who love mi,
And a sigh to those who hate;
And, whatever sky's above me,
Here's a heart for every fate⁴.
BYRON

Vosotros comenzáis la vida en tiempos difíciles. Hay en la historia mareas altas que llevan al éxito hasta a los más débiles nadadores. Vuestra generación nada a contra corriente en un mar agitado. Eso es duro. En los primeros minutos os ahogaréis; desesperaréis de llegar a la orilla. Tranquilizaos. Otros antes que vosotros han encontrado olas igualmente altas y no se han hundido. Con buena dirección y coraje aguantaréis hasta la próxima calma.

Vencedores, no olvidéis que las victorias humanas sólo son parciales y temporales. En los quehaceres de este mundo, nada está regulado para siempre. No hay ningún triunfo que determine un porvenir a largo plazo. Ningún tratado define por mucho tiempo las relaciones entre naciones y sus fronteras. Ninguna revolución establece

³Birrell y Lucas

⁴ Nota del traductor:

“Aquí hay una sonrisa para aquellos que me aman,
Y un suspiro para los que odian;
Y, como quiera que sea el cielo sobre mí,
Aquí está un corazón para para todo destino”.

una sociedad eternamente feliz. Guardaos de esperar que un hombre o una generación, luego de terminar su cometido, tengan derecho a entregarse a una perezosa beatitud. La etapa de la vida no se acaba hasta que cae la noche.

No tengáis prisa. Las fortunas y las famas que nacen en un instante mueren en un instante. Más bien os deseo obstáculos y luchas. La batalla os endurecerá. Hacia los cuarenta o cincuenta años, adquiriréis ese aspecto vigoroso y gastado de las viejas rocas golpeadas por las tempestades. La hostilidad del mundo os habrá esculpido. Seréis caracteres, pero también tendréis carácter para reiros de las vaguedades. Cuando se es joven todo parece terrible; los primeros obstáculos os parecerán ofensas; la maldad humana espanta. Contra la crueldad de los hombres y de las cosas, aseguraos un refugio interior. Todo hombre se puede construir en lo más profundo de su mente una fortaleza que desafíe los proyectiles más pesados y los planes más hábilmente envenenados. ¿Qué puede temer un alma que está en paz con ella misma? Ni las persecuciones, ni las calumnias pueden debilitar el testimonio que ella rinde a sus más secretos pensamientos.

Tomaos el amor en serio, no a lo trágico. En vuestra adolescencia os asombrará la futilidad de las mujeres, su coquetería, sus mentiras, su crueldad. Diréis que aunque estos aspectos de su naturaleza sean reales, son sólo superficiales. Al observarlas, pensad en la mar, cuya superficie tan cambiante se convierte en amiga segura de quienes, frecuentándola, aprenden a conocerla. Detrás de esos grupos de mujeres presurosas, excesivamente prestas a ofrecerse, buscad a las amas de casa púdicas, que dudan tímidamente de revelar su dulzura y entrar en confianza. Con todo vuestro corazón, haced juramento de fidelidad a la que os parezca digna de él. No envidiéis a Don Juan; yo lo conocí muy bien; era el más desdichado, el más atormentado y débil de los hombres.

Sed constantes y estables. Ya sé que, cuando las cosas van mal, estamos tentados de tirar la toalla, de volver a empezar una nueva vida con otra mujer, con otros amigos y bajo otros cielos. No cedáis a esta aparente facilidad. En ciertos casos extremos, es posible que los males insoportables proporcionen un nuevo punto de partida absolutamente necesario, pero para la mayoría de la gente vale más sacar provecho de lo que se tiene a mano. Envejecer y morir en medio de aquellos con quienes hemos crecido y combatido, es un feliz destino.

En fin, sed modestos y atrevidos. Amar, pensar, trabajar y mandar, todas son acciones difíciles; y en toda vuestra existencia no llegaréis nunca a realizar ninguna de ellas con la perfección que soñabais en vuestra adolescencia. Pero, por más difíciles que sean, no son imposibles. Innumerables generaciones antes que vosotros las llevaron a cabo y, entre dos desiertos de sombra, atravesaron bien que mal la estrecha luz de la vida. ¿Por qué teméis? El trayecto es corto y todos somos igualmente mortales.